



D. Rafael Torija de la Fuente

25 Años de Obispo en Nuestra Diócesis

D. Rafael cumple un cuarto de siglo como obispo de la Iglesia de Dios en Ciudad Real. Parece que fue ayer cuando, en la Catedral, era recibido por el presbiterio y los fieles de la diócesis; un ayer cercano en el afecto y lejano en el tiempo. Dentro de unos meses, como prescribe el derecho canónico, pondrá su renuncia en manos de la Santa Sede para que ésta pueda activar los mecanismos de la sucesión apostólica en nuestra Iglesia.

La Iglesia no es una entidad cultural o benéfica. Es la presencia institucional de la salvación acontecida en la Pascua

—muerte y resurrección— de nuestro Señor Jesucristo. Y uno de los elementos constitutivos de la Iglesia particular católica —diócesis, para entendernos— es, justamente, el episcopado.

El obispo no es una autoridad civil; no tiene fuerzas de seguridad para imponer sus normas; pero los verdaderos creyentes reconocen en él al enviado y representante sacramental del Señor, obedeciendo gustosos sus orientaciones. Oigamos a un mártir —San Ignacio de Antioquía— casi discípulo de San Juan Evangelista:

"Dondequiera apareciere el obispo, allí está la comunidad eclesial, al modo que donde quiera estuviere Jesucristo, allí está la Iglesia universal" (Esm. 7, 1).

"Yo os exhorto a que pongáis empeño en hacerlo todo en la concordia de Dios, presidiendo el obispo que ocupa el lugar de Dios..." (Mg. 6, 1).

"Sin contar con el obispo, no es lícito ni bautizar ni celebrar la Eucaristía..., que nadie, sin contar con su obispo, haga nada de cuanto atañe a la Iglesia" (Esm. 8, 1-2).

A veinticinco años de distancia, podemos decir con verdad que D. Rafael ha ejercido su ministerio en esta Iglesia con una entrega total, con una vida evangélica y con una obediencia amorosa a la letra y al espíritu del concilio Vaticano II. Como testigo cercano, destaco los siguientes rasgos personales que han sostenido ese ejercicio:

Sencillez: He conocido a pocas personas menos pretenciosas, con menos afán de protagonismo, menos afectadas en su comportamiento, que nuestro obispo actual. Creo que, ante él, nadie *sensato* se ha podido sentir humillado, disminuido, despojado de su dignidad o autoestima. Esa sencillez se ha traducido en capacidad para examinar objetivamente los problemas y afrontarlos con serena inteligencia pastoral. Y también en valor, en ese valor de quienes han moderado su amor propio y no temen perder la imagen o la estima pública. Nunca le he visto dramatizar situación alguna.

Transparencia: Siempre de frente y en directo. ¡Qué diferente a tantos políticos —eclesiásticos también— que hacen uso del disimulo de intenciones y abusan de las estrategias! Directo, franco, cordial, sin cartas bajo la manga. Al pan, pan y al vino, vino. Un buen manchego, hijo de campesino manchego, sin adulterar. Un hombre, en definitiva.

Libertad: Frente a los importantes de este mundo, frente a sus colegas en el episcopado, frente a la sociedad, frente a los piadosos y a los descreídos. Si de algo estoy seguro, es justo de esto: nunca ha dado un paso pensando en eso tan humano que hoy llaman "trepar". He sido

testigo directo de ocasiones perdidas para impresionar a un nuncio o para brillar ante un poderoso. Ha sido obispo contra sus deseos, estuvo sin diócesis por su honradez y ha permanecido entre nosotros por su libertad.

Como estamos al final de su episcopado y nadie puede pensar que quien hoy le alaba tenga en ello ganancia alguna, puedo decir lo anterior con claridad y sin pudor. Algún día valoraremos su presencia y su ausencia como un don y como un hueco en la historia de esta Iglesia. De momento, demos gracias a Dios por un cuarto de siglo caminando bajo su guía y confortados con su amistad leal: ha sido para nosotros obispo y con nosotros cristiano. Bendito sea Dios.

Lorenzo Trujillo Díaz
Rector del Seminario
Diocesano

